



SEMINARIO SALESIANO

CAMPELLO (Alicante)

D. LUIS BLÁZQUEZ SOLIGNAC

Sacerdote Salesiano

Alcalá de Henares 7 de Abril de 1905
Campello 16 de Noviembre de 1980

Queridos Hermanos:

El pasado 16 de noviembre nuestro buen hermano Luis se dormía plácidamente en brazos del Padre.

Durante cinco años estuvo en esta casa reponiéndose de una embolia que dejó mermadas sus facultades, pese a lo cual, él no se achantó y luchó con todas sus fuerzas por recuperar las energías perdidas con el fin de seguir siendo útil a la Congregación. Pero los designios de Dios han sido otros. Y hace un año tuvo que someterse a una intervención quirúrgica de la que ya no se recuperó. Han sido once meses de auténtico calvario. En su silla de ruedas siguió repartiendo sonrisas y bondades, que es lo que durante toda su vida ha tenido en lo más profundo de su ser. Hasta que después de varias crisis dejó de existir.

Don Luis Blázquez nació en Alcalá de Henares (Madrid) el día 7 de abril de 1905. Sus padres Melitón y Luisa, fueron profundos cristianos que supieron inculcar en sus hijos el temor de Dios y la profunda honradez.

Del 1918 al 1923 hizo su aspirantado en esta misma casa de Campello.

El noviciado lo haría en Sarriá del 1923 al 1924, realizando allí mismo sus estudios de filosofía.

El trienio lo efectuó en Gerona (1926-27) y Huesca (1927-29) marchando enseguida a continuar los estudios teológicos en Campello y Carabanchel Alto, donde fue ordenado sacerdote el día 21 de mayo de 1933.

AL PRINCIPIO ERA LA MADRE

Es forzoso que nos detengamos en este momento para traer el re-

cuerdo de doña Luisa. «De «mamá Luisa» como se la ha llamado siempre.

Y tiene su explicación. La postguerra fue difícil en toda España y también para esta casa de Campello, dos veces incendiada y devastada. Los salesianos con un espíritu sin igual comenzaron la obra de reconstrucción e inmediatamente se fue poblando con los nuevos aspirantes. Don Luis, como un día hiciera D. Bosco, planteó a su madre la situación real de esta casa, a la que tanto amó, y ella no dudó un instante en dejar su pequeño bienestar familiar y venirse aquí. Fue el año 1939. Aquí estaría hasta el 1958. Hizo de cocinera y repostera, que aún a pesar de las estrecheces ella sabía combinar las cosas para que no faltara un dulce en las fechas más señaladas. Fue amable enfermera, solícita para cuantos necesitaban su atención especial. Se encargó de la lavandería y de la costura. Todo lo hacía con un espíritu ejemplarmente cristiano sorbido en su diaria oración, en su profunda unión con Dios en medio de sus múltiples quehaceres.

Los años, y una enfermedad de su hijo Carlos, la obligaron a dejar esta casa a la que siguió siempre unida. En uno de los patios del colegio adornado con un pequeño jardín se alza un monolito con su efigie en el que se lee: «A DOÑA LUISA SOLIGNAC DE BLAZQUEZ. EJEMPLO DE AMOR SENCILLO». Ha sido el reconocimiento de cuantos recibieron sus atenciones.

De toda sus virtudes, su hijo Luis fue especial heredero.

Y DESPUES VINO EL HIJO...

Apenas ordenado sacerdote Don Luis fue destinado a la casa de Pamplona en calidad de prefecto. Durante once años (1933-1944) desempeñó este cargo con especial competencia.

De él se lee en «Una obra social» pág. 160: «Por las Escuelas Salesianas de Pamplona han ido sucediéndose buenos directores y, a fuer de sincero, diré que creo que de valía, unos ciertamente más que otros. No se me ofenderá ninguno de los Prefectos, que también por allí pasaron, si al frente de todos ellos, en lugar eminentemente destacado, coloco a D. Luis Blázquez. Más que datos alego, a favor de mi aserción, la voz común, el mejor de los testimonios.»

Por la fecha de su estancia en Pamplona se deduce que no fueron tampoco tiempos fáciles. El hubo de recibir a salesianos que se pasaban a la zona nacional o venían del extranjero. Para todos tuvo siempre acogida acompañada de su buen talante y humor.

Proveyó a la casa de alimentos y víveres aun cuando para ello necesitaba realizar viajes, entrevistas y mil ardidés para los cuales siempre tuvo una intuición especial.

Pasados estos años en la casa de Pamplona fue destinado a la casa de Horta donde durante un año (1944-45) desempeñó el cargo de Prefecto, nombrándosele director al año siguiente.

DIRECTOR

Su natural afable hizo que se granjeara el aprecio de salesianos y alumnos. Don Luis era hombre de pocas palabras. Al menos, si tenía que pronunciarlas públicamente. Entre sus cosas hemos hallado un verdadero arsenal de fichas diminutas en las que diariamente escribía las «Buenas Noches». Son pensamientos breves, pero profundos que él preparaba con esmerado empeño. Guardaba las homilias que en diversas ocasiones tuvo que pronunciar en ocasión, sobre todo, de Primeras Misas de antiguos alumnos suyos o de sus sobrinos. Llevan el sello de la delicadeza y el orden. De alguna de ellas han aparecido tres modelos con diversas correcciones de estilo y pensamiento.

Quienes han vivido con él y lo han tenido como director coinciden en afirmar que era un hombre preocupado por la marcha de la casa y que sabía infundir en todo momento alegría y buen humor.

Al terminar sus tres años en Horta, fue —de nuevo— destinado a la casa de Pamplona también como director.

Pamplona le recibió como él merecía.

Don Luis se entregó por completo a los salesianos y los chicos. No ahorra esfuerzo ni sacrificio por hacer que la casa creciera en todos los aspectos. Y en aquellas fechas se alcanzó un ambiente de familia envidiable como queda reflejado en las actas de las visitas canónicas de aquella fecha.

Un hecho refleja la estima que se le tenía.

Su salud por aquel tiempo estaba algo quebrantada. Ya había tenido que sufrir dos operaciones y en enero de 1951 de nuevo cayó gravemente enfermo. Los médicos llegaron a desahuciarle, pero la intrepidez del Dr. Lite hizo que la operación, a vida o muerte, se terminara. Fueron varias semanas de inquietante espera. Y de intensa oración. Todos en la casa pedían la curación del director. Y la oración fue escuchada. Don Luis fue dado de alta y recibido en la casa a los sonos de la banda de música. Se resistió a seguir la orden del médico que le recomendaba una temporada de reposo en otra casa, aduciendo que un Padre en ninguna otra parte se halla mejor, sino en su propia casa.

Su gran preocupación era mantenerse fiel a Don Bosco. Sus escritos así lo revelan. No es raro, por tanto, que en algún momento se sintiera temeroso de no acertar y pidiera a los Superiores ser relevado del cargo, como se ve en la carta que escribiera al Rector Mayor en fecha 21 de

junio de 1949. Y un año más tarde, el 20 de diciembre de 1950 de nuevo se desahogaba con el Rector Mayor escribiéndole: «Para su consuelo le diré que sus Hijos de Pamplona, tanto salesianos como alumnos y demás secciones de la Casa, todos se esfuerzan por estar cada día más afe-rrados a las enseñanzas de nuestro Padre San Juan Bosco y que no per-donan sacrificio para hacerse y vivir siempre hijos muy fidelísimos».

En sus últimos días de vida hemos podido comprobar que sus ojos se iluminaban cuando se le hablaba de Don Bosco o de algún superior con el que él había mantenido trato de amistad.

Terminado su trienio en Pamplona fue destinado a esta casa de Cam-pello para hacerse cargo del campo y de la granja. El conocía los pro-blemas de este ambiente y durante un trienio hizo renovar las cosas para que la finca rindiera al máximo (1951-54).

De nuevo la obediencia lo quiso de director en la Parroquia de San Juan Bosco de Barcelona. Eran los principios. Hoy es una gran obra cuyos cimientos hablan de santidad y sacrificio.

OTROS CARGOS

Los enumeramos sin más, siquiera para dejar constancia:

- . Consejero Nacional de Educación.
- . Inspector Central del Secretariado Nacional de Formación Profe-sional en la Iglesia.
- . Administrador de «Federación Española de Religiosos de Ense-ñanza».

Ciertamente, Don Luis jamás hizo alarde de sus cargos. Al contrario, se sirvió de ellos para ayudar a cuantos pudiera hacerlo.

Su paso por las distintas Escuelas Profesionales de la Iglesia, en ca-lidad de inspector central, fue ocasión para animar, orientar y dar los mejores consejos con el fin de que esta enseñanza se solidificara en todas las Escuelas de la Iglesia.

No ahorró esfuerzo por recabar subvenciones con el fin de ampliar edificios, construir otros nuevos, modernizar talleres, etc., etc. No faltan los testimonios salesianos y de otras congregaciones en los que le agra-decen todo su interés y esfuerzo por ellos.

Pero tal vez lo que más resalta de estos nueve años de su gestión oficial sea la fidelidad. Don Luis Blázquez fue un hombre fiel en medio de distintas posibilidades al margen —lógicamente— de la comunidad

religiosa. Por sus manos pasaron grandes cantidades de dinero que por distintos motivos él tuvo que administrar. Siempre lo aprovechó para el bien de los demás. Esta casa de Campello le debe distintas obras y mejoras que él le proporcionaba con la sencillez de quien deposita el fruto de sus sacrificios por aquellos que le tendrían que suceder en la Congregación: las vocaciones.

En sus viajes fue austero. Hasta el extremo de añadir cien kilómetros más a su ya largo recorrido con el fin de pernoctar siempre en alguna casa salesiana. Sencillamente porque así tenía ocasión de participar en la vida religiosa de la comunidad y porque ahorraba parte de la diéta que le correspondía de sus viajes. Todo eso le ayudaba a aumentar las posibilidades de favorecer a las Casas de Formación por las que siempre sintió especial afecto.

ECONOMO INSPECTORIAL

Terminada su gestión en Madrid fue destinado como Ecónomo Inspectorial de esta inspectoría de Valencia (1967).

De su interés, trabajo y preocupación hemos sido testigos todos los salesianos de Valencia.

A cualquier requerimiento siempre acudía presto a solucionar, orientar y decidir. Era enérgico en defender los intereses de la inspectoría y no se dejaba abatir por los contratiempos. Constante en conquistar los objetivos que de acuerdo con el Consejo Inspectorial se había trazado sin claudicar ante la popularidad o su buen nombre.

Tengo que dejar constancia del agradecimiento de esta casa de Campello por la que don Luis siempre sintió un singular aprecio. No en vano él y su santa madre habían dejado un puñado de los mejores años de sus vidas. Fue precisamente en 22 de octubre de 1975. Se levantó temprano porque sobre su mesa de trabajo tenía un asunto delicado que resolver referente a esta casa. Ya hacía días que le preocupaba. Lo cierto es que al poco rato le sobrevino una embolia cerebral y se le encontró aturdido sobre los papeles de su mesa. Cuidados y oraciones no le faltaron. Una ligera recuperación. Lo suficiente como para que pudiera venirse a esta casa y con el clima cálido y el calor humano que siempre se le dispensó pudiera vivir los últimos años recorriendo los campos y las playas que tantos y tan gratos recuerdos le traían siempre acompañado de su fiel hermano, el Sr. Nácher.

Los últimos once meses se agravó su estado y poco a poco se fue debilitando hasta la muerte.

Quedan en el tintero múltiples hechos y anécdotas que no caben

en un perfil breve de su vida. Pero el recuerdo de su paso vivido en fidelidad a su vocación salesiana permanecerá entre nosotros muchos años. Y será, ciertamente, un estímulo.

Os ruego una oración por su eterno descanso. Y otra oración para que él interceda ante el Padre y haga que en nuestra inspectoría despierten vocaciones que llenen esta casa que tanto debe a la memoria de D. Luis.

Afmo. en Don Bosco.

FERNANDO FERRANDIZ
Salesiano